

XXVI
El oficio
de escribir.



AL REDEDOR DEL ESTILO

XXVII

Visto ya — ¿no es así? — que bajo este común tejuelo del estilo cabe recoger toda laya de cosas de espíritu, volvamos a la primera definición, a la de Buffon, a aquella de que el estilo es el hombre. Y como tratamos más en especial del estilo de escribir — ya que el de escribir es nuestro principal oficio —, vengamos a él. Porque hay estilo de cantar, y de pintar, y de esculpir, y de modelar, y de bailar, y de vestirse, y de comer, y de mandar, y de obedecer, y de juzgar, y de sentenciar, y de conducirse en todo, en fin.

Mas antes de proseguir, detengámonos en eso de que el de escribir sea nuestro principal oficio, y digamos que a éste, como a tantos otros términos, término desquiciado de su valor primitivo por el mal uso, le queremos restablecer ahora aquí a su valor de origen. *Officium* en latín es deber, obligación, y en el sentido de deber moral lo empleamos al decir que el de escribir es nuestro principal oficio. No en el sentido de *ménester* — *métier* en francés —, no en el sentido de ganapanería. El de escribir es el oficio, es el deber, es la obligación que tenemos para con la comunidad humana, en la que vivimos, nos movemos y somos. Aunque sea luego justo que el sacerdote viva del altar.

El que escribe por oficio en este su primitivo y más alto significado; el que escribe por obligación moral, por deber filial hacia la sociedad en que vive, se mueve y es, éste debe ser un hombre que escribe, y un hombre, si es hombre, tiene que tener estilo. Y si no es hombre, que se calle.

El pobre Felipe Trigo — y le llamo pobre porque tan poco virilmente, tan poco humanamente dimitió la vida, que era su preocupación —; el pobre Felipe Trigo se hizo una vez hacer unas tarjetas de visita, en las que se añadiera a su nombre: «hombre que escribe». Y es que presintió la profunda diferencia que media entre un hombre que escribe y un escritor. Tanta como la que hay, como diremos luego, entre un hombre que sabe y un sabio. Trigo pretendía ser, no un escritor, sino un hombre que escribía, es decir, con estilo. Y ¡vaya si le tenía! Podría no tener eso que los pedantes sin estilo llaman gramática; podría escribir sin corrección ni propiedad, en una prosa desaliñada, enmarañada y, a las veces, confusa; pero ¿estilo? ¡Vaya si le tenía! Y es que hasta que dimitió la vida fué un hombre, un pobre hombre — pobres de todos los hombres — torturado por el trágico sentimiento de la vida. En él se puede estudiar una de las más trágicas do-

lencias y que explica no pocas servidumbres a que se ven hoy sujetos los pueblos. Porque nadie nos quita de la cabeza que ciertos trastornos públicos, ciertos regímenes de excepción, ciertas tiranías, son de origen que un galeno llamaría específico.

Hombre que escribe y no escritor. El admirable Bernal Díaz del Castillo, ponga-

mos por hombre, el que, viejo ya, se puso en Guatemala — añorando acaso su Medina la del Campo — a escribir la historia de la conquista de la Nueva España e hizo una obra que su traductor al inglés comparó al *Quijote*, el admirable Bernal Díaz del Castillo es un modelo de hombre, que escribe y no de escritor. Escritor fué Solís, Artemio de Valle Arizpe, en su reciente antología de «La muy noble y leal ciudad de México» — ¿por qué no Méjico, lo mismo que Guadalupe, amigo? —, nos dice que en las hojas — no páginas — de la obra de Díaz del Castillo «hay, de pronto, frescuras como la de aquel árbol que encontró en Naco y que yo me imagino resonante de abejas entre el azul de la tarde y el silencio del campo». Y transcribe de un hoja de la obra de Díaz del Castillo — obra que es un árbol — lo que sigue diciendo del árbol de Naco, que es «un árbol en mitad de la siesta, que por recio sol que hiciese parecía que su sombra refrescaba el corazón y caía del uno como rocío muy delgado que confortaba las cabezas». Y aquel hombre que, «viejo, pobre y con hijas por casar», murió hacia 1581; aquel hombre que, después de haber sido de oficio soldado, se hizo, cuando su mano ya no podía manejar la espada, al oficio de escribir, aquel hombre sí que fué un hombre que escribió y no un escritor. Y ¡qué fuerza de estilo!

A esto de escritor se le llama también hombre de letras — *homme de lettres* —, o sea literato. Así, literato, casi en latín, porque la forma romanceada, asimilada a nuestro romance, castellana, de ese vocablo es «letrado». Pero un letrado, entre nosotros, puede ser ni literato ni hombre de letras y hasta casi analfabeto. El de letrado suele ser oficio, en la acepción de esta voz desquiciada por el mal uso. Y el de literato también. Por lo cual la literatura ha contribuido a corromper el estilo. Y de aquí que un sano instinto estético les hace exclamar a muchos cuando leen algo con estilo, algo en que estalla la humanidad de quien lo escribió: «Aquí sí que no hay literatura!» Ni preceptiva, hay que añadir.

Lo que no quita, digámoslo de paso, que el hombre que escribe, el que tiene humanidad, estilo, se sirva, a las veces, de lugares comunes y aun de frases hechas; pero que él hace suyas, se las apropia y asimila. Hay quien con sólo juntar citas de otros hombres que escribieron, hace una obra originalísima. Cabe que haya cuatro sentencias de cuatro hombres, Juan, Pedro, Diego e Ifrigo, que sólo adquieren su pleno valor humano, lo hondo de su significación, juntándolas y en un cierto orden. El que sabe juntarlas en ese orden las da todo el colmo de su estilo. Con catorce versos ajenos puede un hombre hacer un soneto muy suyo. Y Croce ha ido más lejos, sosteniendo que cierto soneto de Tansilo, que Giordano Bruno incluye en una de sus obras, no es allí el de Tansilo, sino el de Bruno.

De esto me acordaba al leer lo que en estas mismas páginas escribió D. Luis Astrana Marín referente al plagio. Y que plagiando, y aun traduciendo, se puede hacer una obra originalísima y personalísima, y que si Andersen «hoció» en una colección anónima de cuentos persas, así Dios nos diera a los españoles muchos hombres que para escribir supieran hociocar como Andersen supo.

Mas acaso, al tocar esto del oficio de escribir, estemos tocando a una cuestión de ética. Aunque ¿es la estilística, acaso, otra cosa que ética? Ética o, mejor, moral.

Miguel de UNAMUNO

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I.V



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES

11/um